ANT
XIX
521

XIX
1
1

BREVE NOTICIA

SOBRE LA

VIDA LITERARIA Y POLÍTICA

DEL EXCMO. SEÑOR

D. A. CÁNOVAS DEL CASTILLO.

POR

ARCADIO RODA.

MADRID.
IMPRENTA DE M. MINUESA,
calle de Juanelo, 19.
—
1875.

D. ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO.

R-41.369

BIBLIOTECA · Granada · DE ANDALUCIA

BREVE NOTICIA

SOBRE LA

VIDA LITERARIA Y POLÍTICA

DEL EXCMO. SEÑOR

D. A. CÁNOVAS DEL CASTILLO.

POR

ARCADIO RODA.

MADRID.
IMPRENTA DE M. MINUESA,
calle de Juanelo, 19.
—
1875.

Es propiedad.

BREVE NOTICIA

SOBRE LA

VIDA LITERARIA Y POLÍTICA

DEL EXCMO. SEÑOR

D. A. CÁNOVAS DEL CASTILLO.

I.

Si algo embaraza, enojosamente, el ánimo de quien intenta escribir sobre un hombre insigne, que haya representado gran papel en el drama político de su época, y que á la sazon se encuentre representándolo, es, sin duda alguna, la sospecha de parcialidad ó de lisonja á que se expone, al ser leido por los envidiosos ó por enemigos injustos. Pero este peligro, que puede existir cuando se trate de una reputacion dudosa y controvertida, desaparece, en mucha parte, al ocuparnos de un hombre, ante el cual, por extraño aunque merecido privilegio, los intereses

de partido y las pasiones políticas, dejan lo que tienen de ciego, de acerbo y de sangriento.

Esto anima, tanto, por lo ménos, como la certeza que abrigar pueden cuantos escriban la vida de un hombre ilustre, de que los himnos de la lisonja se denuncian á sí propios, y de que los acentos de la verdad son de todos conocidos, y oidos por todos con respeto y con gusto. Abrigamos, además, la particular creencia de que la alabanza merecida es tan útil como el justo vituperio, y más útil para aquellos que son capaces de sentir emulacion, que para quien la recibe como premio de sabiduría y de virtudes.

Vamos, pues, á reunir aquí lo que personas más autorizadas que nosotros ya antes dijeran en ocasiones y tiempos diversos; vamos á indicar, y no más que á indicar someramente, la marcha seguida en el más difícil período de su carrera política, por el hombre que hoy se halla al frente de los destinos del país; y como este hombre debe una parte no pequeña de su reputacion á las letras, indicaremos tambien, siquiera sea muy de pasada, la índole de sus talentos literarios, y la extension de sus conocimientos

científicos. Parécenos, y lo decimos con franqueza, que esta BREVE NOTICIA podrá apenas satisfacer algun leve objeto de curiosidad; mas creemos, asímismo, que, si fuese tan ámplia como el asunto merece, y estuviese escrita con verdadero acierto, serviría para determinar las esperanzas que prudentemente deben fundarse hoy en el Sr. Cánovas del Castillo; porque, la vida anterior de los hombres, es, sin duda alguna, el espejo donde se revela su porvenir.

Y, al decir de la vida anterior de los hombres, no nos referimos á ese período de la existencia en que, todos los indivíduos de una misma clase ó gerarquía social, se asemejan mucho, y cuyo conocimiento minucioso sólo puede interesar á generaciones futuras muy remotas que busquen, como nosotros buscamos al tratar de los personajes de los antiguos pueblos, noticias, ora curiosas, ora interesantes, sobre las costumbres y modo de ser y vivir de las gentes de entónces. Los más de los hombres públicos recorren aquí el mismo camino, antes de llegar á las regiones del poder y de la fama, más ó ménos merecidamente ocupadas. De los estudios elementales pa-

san, por lo comun, á las áulas de la Universidad, y de éstas á las lides periodísticas, ó á los combates parlamentarios. En lo que marcadamente se diferencian es en los móviles de conducta, en los medios de accion, en la parte que, la fortuna ó el propio mérito, tienen en los triunfos y ventajas que logran; en que unos buscan sólo y á todo trance la fortuna política, sin escrúpulos ni miramientos de ningun género; y otros, en menor número, la buscan tambien sin pisar nunca la senda tenebrosa de la intriga, sin apartar su vista de la patria y la justicia ni desperdiciar ocasion de consagrarles alguna ofrenda; y deseando y consiguiendo, por otro lado, esa celebridad que dan las letras á los que con buen éxito las cultivan, que es tan pura como los placeres que ellas proporcionan al hombre estudioso en su retiro, y ménos disputada que el instable poder que en las contiendas políticas se conquista.

Al corto número de hombres que, en alto grado, tienen estas aficiones, y que en tan nobles títulos han fundado su fama literaria y política, pertenece el Sr. Cánovas del Castillo.

II.

Aún no era conocido el Sr. Cánovas como político, ni sus pocos años le permitian acaso figurar en ninguno de los partidos entónces militantes, y ya sus producciones poéticas anunciaban su amor á las letras, que nunca despues se ha entibiado, el esmero con que estudiaba el patrio idioma, y las felices disposiciones de su inteligencia para trabajos de tal índole. En estos primeros ensayos, como en lo demás del mismo género que su pluma ha producido en edad madura, hay gran pureza y propiedad de palabras, mucha belleza de estilo, y unas construcciones que recuerdan algo, aunque no tanto como las de su prosa, la sintaxis empleada por nuestros clásicos.

Un autor á quien se parece mucho, es Moratin; pero le aventaja á veces en brillo y facilidad, y junta asimismo más que él, á la sobriedad de adornos y pompa poética, el peso y abundancia de los conceptos. Las composiciones que intitula: *En Granada*, *A la invasion de Cuba* y *La mitad de la vida*, atestiguan de sobra esto que decimos; y

tanto en ellas como en otras posteriormente escritas que denomina *Ayes*, y *Las flores de mi balcon*, se descubre que los sentimientos allí expresados no son fugitivos, ni ménos mentidos por el poeta: son sentimientos que arrancan de lo más hondo de su pecho, que en él reciben un culto sincero y perenne, y que hoy, mañana y siempre, mientras esas composiciones vivan, servirán para conocer, sin riesgo de engaño, el carácter íntimo y moral del Sr. Cánovas del Castillo. Esos acentos tan puros, tan sentidos, tan expontáneos, que periódicamente salen de su corazon, revelan que en él tiene un santuario donde guarda, siempre vivas, memorias melancólicas del pasado; revelan sí, que es sensible á los recuerdos y consecuente en los afectos, una vez sentidos; y revelan, por último, que su alma, refractaria á cuanto hay de escéptico y liviano en el mundo, ni ha perdido ni amenguado en las ardientes luchas políticas, ciertas prendas muy esenciales que, al calor del hogar se convierten en virtudes domésticas, como se convierten, al calor de la patria, en virtudes cívicas.

Mas, no queremos, ni seria justo, quitar á los

lectores de esta NOTICIA que no conozcan las obras del Sr. Cánovas, el medio de juzgarle, por sí mismos, como poeta; y vamos á reproducir con este objeto algunos de sus versos, seguros tambien de que las personas que los hayan leido, no hallarán disgusto en repetir la lectura, ni tacharán de ociosas estas citas, sobre todo, en los actuales momentos en que la guerra arde en la mejor de nuestras provincias ultramarinas. Hé aquí los acentos que dirige á la patria, en una composicion escrita con motivo de los insultos inferidos á la bandera española, en Nueva-Orleans, ya hace unos veinticinco años:

«¡Ay, que tardas! ¡Al mar! Sobre la entena
Suelto vague á la brisa el blanco lino,
Y atrás dejando la nativa arena
Las olas den á tu furor camino.
¡Harta, nacion valiente,
Regó tu suelo, sangre fratricida!
Ora te vuelve á la extranjera gente
Que á lides te convida;
Sús, sús, y nunca el brazo armipotente
Rinde al cansancio ó la mortal herida,
Ni calle hasta vencer, por mar ó tierra
La antigua voz de *¡cierra, España, cierra!*»

No es poco hermosa la breve enumeracion que

hace de nuestras pasadas glorias, en la oda ya citada, cuyo título es *A la invasion de Cuba*. Nadie dirá, con razon, que el autor sacrifica aquí la verdad á la pompa poética. Véase con qué enérgicas pinceladas traza lo que hicieron los españoles en América, despues de descubrir aquella parte del mundo. Comienza recordando este feliz y providencial suceso, y en seguida exclama:

«Sonó luego de guerra
Redoblado clamor: la ruda lanza
Harta de sangre en africanas lides,
Y en la francesa ó la italiana tierra,
Allí tambien alcanza;
Llega, hiere, desata, rompe dura
Cuanto resiste á su indomable encono,
Rayos lanzando de mortal pavura,
Y en cada golpe derrumbando un trono.
Ni en aguas procelosas
El turbio lago, ni en tajadas peñas
El monte, ni árduo rio,
Ni tronante cascada las enseñas
De España un punto detener lograron.
Díganlo temerosas
Las cumbres de los Andes, la corriente
Del sin par Amazonas y el hirviente
Niágara, humilde á su constante brio.
Tal vez del polvo frio,
Resto de pueblos y vencidos reyes
De templos y de leyes,
Aún salga un gemido
Que asorde infando en la callada noche

Los valles del Perú, del Inca tumba,
Mientras el triste imperio mejicano
Alto recuerdo, ejemplo sobrehumano,
Guarda en los campos de la antigua Otumba!»

De estos versos, sólo diremos lo que, sin duda alguna, se ocurre á cualquiera que los lea, y no desconozca los tan celebrados de Herrera y Rioja, á saber: que podrian figurar, dignamente, entre los de aquellos inmortales poetas. Hay en esta misma oda otra estrofa, harto digna de ser citada, no sólo por su indisputable belleza y por su elevacion de ideas, sino tambien por su oportunidad en el dia de hoy. Los sentimientos que aquí expresa, con varonil inspiracion, un poeta de veintidos años de edad, son, seguramente, los mismos que el hombre de Estado ha sentido reproducirse en su pecho, al contemplar el espectáculo de las dos guerras que asolan á nuestra noble España. Dice así:

«Amor de patria augusto,
Alma de las naciones,
¡Cómo retumba, por España entera
El eco de tu voz! En ceño adusto
Ya miro, á la ribera
Volar confusa multitud, torrente

Despeñado del monte, semejando.
.....
..... Crujen las naves
Que los recojen en su angosto seno
Sintiendo el peso de las armas graves;
Hinchen brisas suaves
El lino dócil; presta el Oceano
Breve camino á la guerrera tropa,
Fácil entrada al suelo americano.
Mirad los capitanes,
Que opuestos bandos de española gente
En la civil contienda gobernaron,
A nueva lid, con entusiasmo ardiente
Juntos correr. Los que del Arga y Túria,
Los que del áureo Llobregat regaron
Con sangre hermana las orillas tristes,
Al son infame de la extraña injuria
Morir ya unidos ó vencer juraron.»

¡Quién viera que estas palabras, há tanto tiempo escritas, se convirtiesen, al reproducirlas hoy aquí nosotros, en un presagio feliz para nuestra patria! Tambien hay en esta composicion poética, otro rasgo atrevido, sublime y del todo épico. Es aquel en que, el autor, con amarguísimo pesar mezclado de iracundo enojo, deplora que la hueste enemiga haya sido «cuanto infame poca»; y en que, renunciando á toda otra reparacion, sólo pide contrarios, contrarios dignos del heróico esfuerzo castellano. Este rasgo es

análogo á aquel que Homero ofrece en la *Iliada*, cuando presenta al guerrero Ayax en un arranque de belicosa ira, pidiendo á los cielos sólo luz, aunque despues tuviese que combatir contra los mismos Dioses.

En cuanto á la composicion que intitula *La mitad de la vida*, no vacilamos en decir que es la que más nos gusta de las del Sr. Cánovas. Es una elegía escrita en tercetos, en la cual describe el poeta los trabajos, las esperanzas y los triunfos de su afanosa juventud; y en que despues de recrearse un momento en los obstáculos vencidos y los láuros conquistados hasta entónces, pinta las nuevas ambiciones que se despiertan en su alma y que le empujan, por incierto rumbo,

«Al último horizonte descubierto;»

y reflexiona cuán cierta es la vanidad de las grandezas humanas, que no apartan al hombre un solo paso de los abismos de la muerte, y cuán inútil es conocerlo, al que nace con destino de no vivir siempre confundido entre los muchos, para calmar ese afan insaciable que hace buscar, por

los más árduos caminos, nuevas y más altas esferas de poder y fama. El jóven que, leyendo despacio estos tercetos, no comprenda todo el poema de nobles ambiciones que á través de ellos se trasparenta, es porque tiene la cabeza estéril y el corazon vacío.

III.

Pero, la gran reputacion literaria alcanzada por el Sr. Cánovas, la debe, más que á sus composiciones poéticas, á sus escritos en prosa. Estos son los que, principalmente, le han franqueado las puertas de la Academia Española. Si nuestro objeto exclusivo fuese presentarle aquí como escritor, intentaríamos examinar ámpliamente sus diversos trabajos, algunos de los cuales son resúmenes, ó planos, por decirlo así, sobre los que el autor habria levantado mayores edificios, si hubiera tenido tiempo para ello; y quizá algun dia, cuando la patria no necesite su actividad y sus talentos, realice por completo. Él mismo lo ha indicado así, imponiéndose un compromiso que no debe olvidar, y que la historia y

las letras nacionales están interesadas en que cumpla.

Su discurso sobre *La libertad en las artes* es una obra llena de sabiduría, y que rebosa admirable crítica y elegancia: es un esfuerzo hecho por el entendimiento del Sr. Cánovas, para demostrar cuán justa habia sido la eleccion, que la Academia hizo recaer en su persona. Otros piensan de muy diverso modo; pero esto depende del gusto y de las opiniones que cada cual tiene. Aquellas páginas tan meditadas y tan correctamente escritas, son un testimonio de que el autor ha estudiado los antiguos y modernos escritores de más nota, lo mismo nacionales que extranjeros, y de que ha formado y depurado su gusto, en cuestiones de arte, comparando entre sí las obras arquétipas de igual género, y llamando á juicio todas las escuelas, no como sectario fanático de ninguna de ellas, sino como imparcial investigador de la verdad y amante de la belleza.

En general, los escritos del Sr. Cánovas, áun aquellos en que domina la imaginacion, están tan llenos de datos y doctrina, que no basta una

sola y rápida lectura para sacar de ellos toda la enseñanza que encierran. Son una mezcla de erudicion, de filosofía y elocuencia; y á esto deben que se lean con gusto, áun por aquellos lectores que buscan en los libros un fácil recreo, más bien que un objeto de atencion detenida, y sólido estudio. Su estilo, siempre codicioso de pureza y perspicuidad, es las más veces sostenido y grave; otras sencillo y narrativo, como si imitase á Jenofonte, aunque ménos dulce que el de éste; y algunas, cuando el asunto lo permite, marcha ligero, y si podemos decirlo así, algo bullicioso y desenvuelto, entre sério y alegre, sin las formas duras del sarcasmo, y ofreciendo los atractivos de una delicadísima ironía. Pero, este carácter, es el que ménos predomina en sus obras, si bien tiene alguna produccion donde no puede hallarse más acentuado, y donde su musa, tan pronto festiva como exhalando acentos de tristeza, escribe todo un poemilla en que muchos hombres reconocerán el de su propia vida, y que sin duda está enlazado, en algun punto, con la existencia íntima del autor.

En suma, las composiciones literarias de este

hombre, por tantos títulos ilustre, son todas obras con grande esmero trabajadas; y las más, obras maestras que parecen hechas para desafiar la crítica, la crítica sensata. En ellas se descubre, patentemente, un respeto y un amor acendrados á las cosas antiguas, y un laudable deseo de armonizarlas, en lo que tienen de bueno, de bello y permanente, con las conquistas y el espíritu del siglo. En literatura, como en política, como en todo, el Sr. Cánovas cree, (si no estamos equivocados) que en lugar de combatirse y repelerse unas á otras las generaciones, como hijos y padres sin entrañas, es más útil que se ayuden y consuelen para cumplir, sin tan acerbos dolores, la ley de *progresar padeciendo* á que parece sujeta la humanidad.

IV.

Tambien la Historia ha sido cultivada por el Sr. Cánovas, con muy singular predileccion, y con tan buen éxito, que la Academia le ha juzgado digno de recibirlo en su seno. No hay época ninguna notable de nuestra historia, que

él no haya examinado á fondo; ni hay tampoco personaje de primera talla cuyo carácter y destino político en su respectiva época, no haya estudiado como erudito y hombre de gobierno al propio tiempo. Sus investigaciones han sido, á las veces, de pura erudicion; y tales, que han puesto en claro puntos oscuros ó cuestionados hasta entónces. En otros trabajos suyos remonta más, mucho más el vuelo; y al par que hace lucir las riquezas de su elocucion, siempre elegante y morigerada, pinta las épocas y los personajes, investiga las causas de los acontecimientos, explica sus consecuencias, y ejerce, en fin, magistralmente, el doble oficio de narrador y de filósofo.

Los asuntos históricos que, al parecer, más han llamado la atencion del Sr. Cánovas, son la dominacion de los españoles en Italia, y el reinado aquí de la Casa de Austria. Despues de haber escrito, cuando aún era muy jóven, una *Historia de la decadencia de España*, publicó más tarde un *Bosquejo histórico*, que abraza la dominacion de los cinco reyes que ocuparon el trono, desde Cárlos I hasta Cárlos II; y que, á pesar del mo-

desto título con que lo encabeza, es una obra considerable y de muy singular mérito, bajo cualquier punto de vista que se la mire. En este libro es donde muestra, más que en ninguna otra de sus producciones, la madurez que su juicio ha alcanzado, con el contínuo estudio y la contínua meditacion. En España, ni fuera de España, no sabemos que haya otra obra que á esta aventaje, para enseñar á los hombres de gobierno, lo que en nuestra patria fué, políticamente considerada, la época de la dinastía austriaca. Brilla el Sr. Cánovas en la pintura de los caractéres, y en los retratos que hace de los personajes; y aunque al ocuparse de éstos desciende, por lo comun, á más detalles que Tucídides al presentar, en su justamente renombrada historia, los actores de aquel drama de que fué teatro la Grecia por espacio de veintinueve años, profundiza tanto como él, y quizá más que él, el orígen y las consecuencias de los sucesos, y descubre y presenta de un modo admirable, esa cadena histórica, de desiguales eslabones, que van formando los pueblos en su marcha hácia el porvenir. Pero Cánovas tiene más alto concepto de

la Historia, que tenian los antiguos, tanto Griegos como Romanos: él reconoce fines y leyes providenciales, á cuyo cumplimiento marchan las naciones por extraña manera, y por diversos rumbos, aunque siempre con un gran fondo de lógica en el conjunto de los hechos; mientras que aquellos, generalizando ménos, á causa, en parte, del estrecho horizonte histórico en que podian dilatar su vista, sólo hacian intervenir la Providencia (imperfecta y todo como ellos se la forjaban) en los sucesos aislados, que son, cabalmente, los que ha puesto Dios bajo el libre albedrío de los hombres. Aún diremos que, entre otras, las páginas en que el autor compara á Cárlos V con su hijo Felipe para mejor notar sus diferencias, y en que resume, al concluir, con poderoso juicio, el papel que los tres brazos del Reino habian desempeñado hasta la muerte de Cárlos II, estas páginas, digo, merecerán siempre leerse con atencion, y tendrán más precio, cuanto más tiempo pase por ellas.

Mas, el período que media desde el antedicho rey Cárlos hasta la intervencion francesa del año 1823, no ha sido por el Sr. Cánovas descuidado;

y á juzgar por algunos de sus discursos parlamentarios y por otros datos que tenemos, el reinado de la casa de Borbon podria ser descrito por él, sin gran suma de nuevas indagaciones y trabajo, más extensamente quizá, que ha descrito y explicado el de la casa de Austria.

Véase, pues, cómo á pesar de los títulos que ya tiene adquiridos como historiador, no ha hecho aún por la historia, todo cuanto de él debe aguardarse. ¿Llevará á mal que de nuevo le consideremos deudor á su patria de esas obras, cuyos planes ó compendios él mismo nos muestra en sus discursos académicos? Seguramente que no, puesto que, el deseo que manifestamos, lleva en sí el de que añada un timbre más á los muchos con que ya ha ilustrado su nombre; y en esta confianza añadimos, que la única disculpa legítima de la ociosidad de su pluma, seria la falta de tiempo, por consagrarlo todo á las tareas del Gobierno; porque si es muy glorioso referir las buenas y grandes cosas que otros han hecho, aún es más glorioso realizarlas iguales ó mayores.

V.

Tiempo es ya de que dejando de considerar al Sr. Cánovas como hombre de letras, le consideremos como político y hombre de Estado; y vamos con tanto mayor gusto á hacerlo así, cuanto que su figura se agranda á medida que nos acercamos á la presente época, como se agranda el contorno de un lejano monte, á la vista del viajero que á él se aproxima.

No recordaremos aquellos dias de inquietudes que precedieron á la revolucion del 54, en que el Sr. Cánovas temia por su seguridad y por la del insigne D. Leopoldo O'Donnell, ni lo demás referente á su laboriosa vida, ocurrido hasta que llegó al Congreso como diputado. No recordaremos tampoco los primeros cargos públicos que desempeñó, ni cómo hizo sus primeras armas en la liza parlamentaria, y fué adquiriendo importancia política, hasta ser nombrado ministro de la Reina. Queremos ver cómo se condujo en aquel período malaventurado de cerca de dos años, que fué como una larga gestacion de la revolucion de Setiem-

bre; y queremos, sobre todo, verle ante la familia de Borbon española, antes y despues de ser destronada, y ante esa misma revolucion triunfante.

¿Qué hizo el Sr. Cánovas cuando vió á la Reina amenazada por los partidos revolucionarios, las leyes infringidas por los ministros de entónces, y á éstos insistiendo, cada dia más, en una política de resistencia arbitraria, y provocando así nuevos peligros y llamándolos alrededor del trono? ¿Qué hizo cuando, en el verano de 1867, una parte no pequeña de la Union liberal se disponia á recurrir á las armas, con designios poco tranquilizadores para la Reina, y cuando el mismo D. Leopoldo O'Donnell veia, acaso, con honda pena, la corta edad del entónces príncipe de Asturias? Muy lejos de obedecer ciegamente á los resentimientos que otros abrigaban contra el Ministerio y áun contra la misma doña Isabel II, y de sostener en el Congreso una oposicion violenta que habria sido harto disculpable, prodigó advertencias y consejos sinceros, como si deseara prevenir más bien que vencer á sus contrarios; descubrió toda la gravedad de los males que se padecian, é

indicó tambien, para que se huyese de él, el abismo á que se iba derechamente caminando. La superioridad de su palabra sobre la de sus compañeros políticos, fué la causa que le permitió sostener esta campaña brillante, que tanto realza sus talentos como orador, su templanza como adversario, y su prevision y tacto como hombre de gobierno.

Llegó un momento en que el Ministerio parecia empeñado en comprometer á la Reina: infringió la Constitucion, en uno de sus puntos esenciales, y esto fué tanto como buscarse nuevos enemigos en los que deseaban un pretexto para serlo; y, á juicio de algunos, tanto como quitar á las oposiciones toda esperanza de éxito conseguido por las vias legales. Cánovas, que por su respeto á la ley y áun por la índole de su palabra, se parece á los políticos ingleses, protestó, de un modo ó de otro, contra aquel acto de verdadera locura.

Muy grave debió aparecer á su vista la situacion del país; pero más grave debió parecerle una revolucion democrática. Fué instado para que tomase parte en la que se preparaba, y se negó ro-

tundamente á ello. Vió á su partido en masa precipitarse en la senda revolucionaria, y él se mantuvo solo, fijo, invariable en su puesto, sin dejarse llevar por aquel torrente, y confiando en sí propio y en el porvenir de sus ideas, que han sido despues las de la Nacion entera, más que en los hombres y los designios de los partidos en armas. Vió tambien el naufragio de la dinastía y del trono, y, firme en sus primeras opiniones, continuó abrigando la esperanza, ¡qué decimos la esperanza! continuó abrigando la completa seguridad, de una restauracion borbónica más ó ménos próxima. Esta inquebrantable firmeza y esta conviccion profunda, serán siempre, ante la historia, digno objeto de admiracion.

Ninguno de nuestros políticos de alta talla veia, tan claramente como el Sr. Cánovas, las nubes tempestuosas que se aglomeraban sobre el trono, poco antes de ser éste derrocado; ninguno pronosticó tan atrevida y concretamente las desgracias que España iba á sufrir, si pronto no se buscaba un eficaz remedio para evitarlas; ninguno sentia, acaso, más que él, estos infortunios, que, en su juicio, iban á cebarse en el país, y que no

muy tarde se presentaron, mayores aún que podia nadie figurárselos; y, sin embargo de esto, el señor Cánovas del Castillo debe, á la revolucion de Setiembre, la mejor y mayor parte del altísimo concepto que hoy goza como orador y hombre de Estado, dentro y fuera de nuestra patria; mas, debe este beneficio á la revolucion, de igual manera que un militar victorioso debe sus triunfos á la guerra que otros provocaron, y que él mismo aborrece.

VI.

Los debates constitucionales ponen de relieve el talento y la sabiduría de unos hombres, y la insuficiencia de otros: los que en ellos tercian sólo por temeridad ó presuncion, fracasan; y los que se limitan á presenciarlos confiesan, por esto mismo, que no saben ni pueden ser más que espectadores, ó, en todo caso, jueces probos y discretos. En estos debates, la elocuencia tribunicia no halla su verdadero teatro. Es la elocuencia de la razon, no de las pasiones, la que allí más se necesita, y la que al fin impera y vence en la opinion públi-

BIBLIOTECA DE ANDALUCÍA · Granada ·

ca, aunque aparezca derrotada en los escrutinios; porque los grandes problemas políticos y sociales que entraña toda constitucion, deben resolverse segun los oráculos de la sabiduría; y la sabiduría, dicho se queda, que no brinda con sus oráculos á ninguna Asamblea tumultuosa, ni los anuncia, por lo comun, con acentos arrebatados.

Sesiones poco serenas ha habido tambien en la Constituyente del 69; pero, nadie que imparcialmente juzgue, negará que ha hecho cosas que para siempre han de vivir ya en nuestra patria; y que ha tenido en su seno oradores de mucho mérito, nuevos unos en la liza parlamentaria, y no completamente conocidos otros. Allí estaban: Castelar, cuya palabra afluente, animada, armoniosa, pintoresca, rica de exclamaciones y recuerdos, en nada se parece á la de Demóstenes y Mirabeau, aunque embelesa al auditorio como si fuese para éste un canto de sirena. Olózaga, que es, quizá, el orador más ático y más intencionado que hemos tenido, aunque no tan correcto y grave como D. Javier de Búrgos, ni de ironía tan habitual y temida como la del conde de Toreno; y que ya últimamente habia perdido, á causa de la

vejez, las facultades físicas que, segun se dice, ayudaban tanto su palabra. Martos, orador mediano si se le compara con los grandes oradores antiguos, pero incapaz de volver nunca la espalda en los debates: á diferencia de su amigo Castelar, busca más el éxito que los aplausos; y si bien no tiene, ni con mucho, la elocuencia de Démades, quizá en algo se le parezca. Rios Rosas, impetuoso, conciso, austero hasta rayar en demasía, era sin duda el más poderoso de nuestros oradores parlamentarios: apto para discutir, para luchar, y sobre todo, para vencer los ánimos vacilantes ó cansados en las discusiones repentinas ó demasiado largas, sabia tambien manejar el apóstrofe como ningun otro, y era propenso á marcar mucho la censura. Su elocuencia y su carácter no se avenian quizá del todo, con cuanto le rodeaba en su vida pública: jóven, habria sido en Roma uno de los Gracos; viejo, un censor admirable, émulo del primer Caton.

VII.

En medio de estos, y de otros oradores tam-

bien dignos de mencionarse donde haya más espacio que aquí, aparece Cánovas del Castillo. Repetimos que este hombre tiene puntos de semejanza con los políticos de Inglaterra, considerando en éstos, sólo aquellos caractéres que á todos por igual corresponden. Como ellos, ama ó respeta la ley establecida, tanto como aborrece la arbitrariedad; como ellos, reconoce la fuerza y virtud del progreso, y la fuerza y virtud de la tradicion, aspirando á establecer, entre ambos, una armonía sólida y fecunda; como ellos, abriga un grande patriotismo y un cierto espíritu de nacionalidad, más de una vez acreditados en las cuestiones interiores, y que, llegado el caso en asuntos internacionales, quizá pecase algo de exclusivo en favor de la patria; como ellos, tiene un sentido práctico exquisito, que á pesar de ser él hombre de imaginacion y de letras, le induce á enamorarse siempre de lo realizable, con preferencia á lo utópico y aventurado; como ellos, gusta de las discusiones templadas, de las soluciones concretas, de una elocuencia rica de pensamientos y morigerada en la forma, que es la más conveniente para hacer leyes y para hablar como ministro

y hombre de Estado; y en fin, como muchos de ellos, y como otros de diversos tiempos y países, se asegura, con referencia á los que de cerca le conocen, que no aspira solamente á la gloria fugitiva de un dia, como hacen los aventureros políticos; sino que tambien dirige de vez en cuando una mirada hácia la posteridad, y se propone no dejarle un nombre oscuro, y ménos manchado por apostasías y miserias.

Al presentarle aquí nosotros como orador, nada tenemos que decir en contra de su lenguaje; habla como escribe la lengua castellana, y sabido es, y dicho lo dejamos, que la escribe como académico que ocupa merecidamente su puesto.

¿Qué tienen, pues, sus discursos de más ó de ménos, para no ser obras maestras de elocuencia, en el sentido que esta frase toma cuando se habla de los grandes oradores de la antigüedad clásica? Juzguémosle con severa imparcialidad. Sus discursos, como todos los que nosotros conocemos de los más famosos oradores contemporáneos, tienen defectos que parecen hijos de la época en que vivimos, y del teatro en que ahora se ejercita la elocuencia deliberativa.

Improvisa siempre, absolutamente siempre la forma de sus discursos; y esto que hace su palabra más expontánea, y le permite moverse más libre y con mayor agilidad en el debate, hace tambien que las ideas accesorias vengan, de vez en cuando, á aglomerarse en su cerebro y entorpecerle, en momentos en que no hay medio ninguno de comparar y elegir. Empero, la desigualdad que se nota, y fácilmente se explica, en casi todos los discursos de los modernos oradores que se ven obligados á improvisar, no afea los del Sr. Cánovas del Castillo; lo cual constituye una ventaja peculiar suya, debida al dominio que tiene sobre su razon y sus afectos. Verdad es que, en alguno que otro pasaje de sus discursos, hay ideas sobradamente amplificadas para el lector (que puede volver sobre lo ya leido); pero ¿será esto un defecto en la tribuna, ó será más bien una necesidad del lugar y del instante en que se habla? Nos inclinamos á creer lo último, porque al oir algunas veces al Sr. Cánovas en el Congreso, no hemos notado que las referencias á cosas ya dichas, la repeticion de alguna idea, y los paréntesis, fuesen allí importunos, ni truncasen,

por decirlo así, la rotundidad de los períodos.

Expone con mucho método, define bien, y sigue sin esfuerzo el plan que se ha trazado, lo cual hace, gracias á su gran memoria de conceptos. Cuando ataca, no acomete con estruendo; sino que vá insinuándose poco á poco en el ánimo de los oyentes, describe círculos alrededor de su contrario, los estrecha cada vez más, y acaba por lo comun sus peroraciones, sin provocar la ira de nadie con injuriosas personalidades, y dejando, como Demóstenes solia hacer al concluir sus arengas, y nada más que al concluirlas, reposado el ánimo de su auditorio; y dejando tambien á su antagonista en la imposibilidad de responder, cumplidamente, á la inmensa erudicion con que exorna y fortalece sus discursos. Tampoco falsifica nunca los argumentos del contrario. Desprecia estos miserables medios de combate, tan recomendados por un autor inglés, y tan combatidos por otro. Hasta las frases destempladas las omite, ó las suaviza al citarlas, demostrando que no aspira sólo á vencer á un enemigo que puede ser más ó ménos diestro en las lides parlamentarias, sino á conseguir el triunfo de su causa, por

medio del convencimiento de la Asamblea ó del influjo de su palabra en la opinion pública. En todo esto sigue el buen ejemplo de aquel Enrique Fox, célebre rival de William Pitt, y más grande orador que éste, si bien ménos ilustre como hacendista y hombre de gobierno. Así evita incidentes y rectificaciones estériles y logra imprimir á sus discursos un cierto sello de moderacion y sinceridad. Lo que en ellos se echa de ménos, es la profusion de figuras brillantes, el uso de grandes imágenes, de esos rasgos atrevidísimos con que, los más insignes oradores antiguos, electrizaban á las muchedumbres; lo que tampoco se encuentra en ellos, es ese fuego tribunicio, ese torbellino de afectos que el orador de Atenas, y el segundo de los Gracos, y Mirabeau muchas veces, expresaban con su palabra.

Pero, por más que á nosotros, por nuestras peculiares aficiones, nos admiren estas formas sublimes de la elocuencia, no desconocemos que la oratoria debe acomodarse á la índole del teatro en que se ejercita, y que los ímpetus de Danton sentarian mal al ministro de una monarquía, á un legislador, á un hombre de Estado que, por

deber y conveniencia, debe anunciar siempre sus dictámenes con las pasiones en calma, y como frutos de una razon clara, no influida por ningun afecto sedicioso. En verdad, el Sr. Cánovas no ha tenido que ser nunca el orador de las muchedumbres, ni tampoco se ha visto obligado á representar, como Mirabeau, el papel de tribuno.

VIII.

Mas no se crea, en manera alguna, que el Sr. Cánovas es un orador frio, lánguido, difuso, de esos que no saben gobernar sus ideas ni su palabra. Hay en sus discursos virilidad, mucha virilidad, nacida de sus pensamientos, no ménos que del modo que tiene de exponerlos. Sobre esto último, baste decir que con frecuencia usa la repeticion, sin incurrir en monotonía; de vez en cuando y oportunamente la conduplicacion; y á cada instante, cuando argumenta, la forma interrogativa. Lo que sin duda más le caracteriza, es un tono grave y algo majestuoso, que inspira el respeto y la confianza al auditorio. Es tambien orador que jamás vacila: habla siempre con aplo-

mo, y con tal acento de sinceridad, que de él podria decirse, como Ciceron dice de aquel Emilio Escauro, tan maltratado por Salustio, que, en cierto modo, parece que ordena el convencimiento. Aun cuando afecta duda, porque así lo exije la modestia ó por otra conveniencia oratoria, sus ideas se anuncian como fruto de un largo estudio, y con el sello de una conviccion íntima y profunda. ¡Qué noble melancolía manifiesta en su discurso del 8 de Abril de 1869, cuando, despues de citar á Platon y Aristóteles, para recomendar indirectamente á los diputados de aquellas Córtes la desconfianza de sí mismos, exclama, refiriéndose á la conducta por él seguida, poco antes, con los individuos de otra asamblea y de otro gobierno!:

«¡Lo cierto es, señores, que no pude hacer oir la voz de la razon, por lo ménos á aquellos fuertes! Bien pronto comprendí que todos mis esfuerzos eran inútiles para separar á aquel poder, á aquella mayoría, de su camino, y entónces me retiré á mi casa con el corazon triste por ideas y sentimientos que no era lícito poner en olvido, pero con más tristeza en la mente todavía, con

toda la tristeza que se fija sin querer en el espíritu cuando atentamente contemplamos las tenebrosas profundidades de lo desconocido.»

Tambien Mirabeau, en los últimos meses de su vida, dejaba escapar, cuando subia á la tribuna, involuntarios acentos de tristeza, que eran como los ecos de aquel dolor que se engendraba en su pecho, quizá por el conocimiento de su impotencia ante la revolucion, quizá por el presentimiento de su cercana muerte. En este mismo discurso, el orador, dueño ya de la atencion del auditorio, le dirige estas sábias afirmaciones y estos elocuentes consejos:

«La libertad, la religion, la monarquía, preciso es estar ciego para no verlo, son los tres grandes y fundamentales sentimientos de que está poseida la nacion española. Estamos aún, en medio de la catástrofe que ha producido la pretendida supresion de uno de estos tres elementos esenciales de vida en nuestra patria. Para salvar definitivamente aquel principio, vencido entónces, vencedor hoy, y por donde quiera triunfante, cuidad ante todo de no imitar un mal ejemplo. No sigais tampoco ciegos las inspira-

ciones del país en los momentos de la lucha y de la ira; lo que no haríais con ningun indivíduo, tomando al pié de la letra sus palabras en la embriaguez sangrienta de la victoria, no lo querais hacer con todo un pueblo más ciego, más impresionable todavía. Desconfiad, por el contrario, de las inspiraciones demasiado expontáneas y prematuras; considerad que tratais de hacer una Constitucion, no para ahora, no para que se coteje con los abusos que han dado ocasion á la revolucion presente, sino para tiempos normales, para servir de valla tambien á los abusos de la libertad.»

Y concluye recomendando la prudencia y la calma, como ya hemos dicho que es su costumbre, á cuyo objeto pronuncia estas magníficas palabras: «La templanza es una de las más grandes virtudes civiles; la energía y el vigor en la lucha cualquiera los tiene: lo que no todo el mundo tiene, y sólo es dado á los verdaderamente fuertes, es la templanza. De suyo es templado el hombre cuando tiene la conciencia de su propio derecho, cuando siente en sí la fuerza bastante para hacerse respetar á todas horas, de quien

quiera, y en todas partes.» El Sr. Cánovas, se pinta aquí á sí mismo.

Más admirable orador le encontramos aún, cuando en el debate sobre las alhajas de la Corona, debate á que despues haremos de nuevo referencia, como fuese interrumpido al lamentarse de tener que entrar en pormenores que su monarquismo repugnaba, lanza una tremenda acusacion á la Cámara, la cual le escuchó silenciosa, como si en aquellas frases oyera, cada uno de los diputados, un grito de su propia conciencia. Así habló entónces:

«Es posible, ¡qué digo posible! es cierto que la reina María Luisa se llevara á Bayona consigo á las conferencias algunas joyas con que adornarse. ¡Triste es entrar en estos detalles; triste es que una gran nacion, en donde ha vivido una monarquía catorce siglos, esté ajustando estas cuentas al por menor á todos sus antiguos reyes! Pero yo no tengo la culpa; y al que por lo bajo me dice que por qué no, le contestaré que esta es en todos los paises del mundo, y puede ser, cuando más, la mision de la historia; pero que no es la mision de los legisladores, sobre todo, si esos legisladores

tienen sobre sí las tremendas responsabilidades que nosotros tenemos en esta época; sobre todo, si esos legisladores están llamados á constituir el país y no acaban de constituirle; sobre todo, si esos legisladores tienen una Hacienda que rehacer, y no la rehacen. No, no es propio, lo repito, de ningunos legisladores, y ménos de esos que digo, ajustar cuentas miserables á la monarquía, y mucho ménos aún, de los que se honran con el título de monárquicos.»

Nada habia, en efecto, que responder á esas verdades, tan franca y severamente enunciadas. En aquel dia fué tambien cuando el Sr. Cánovas concluyó su discurso con un breve epílogo, en el cual resalta la habilidad con que identifica, á la causa por él defendida, la de todas las familias reinantes en Europa, ó que pudiesen reinar aquí, y la de la monarquía misma. Oigámosle, y esta será la última cita que hagamos, por lo ménos extensa:

«No temais de mí hostilidades inconvenientes ni á los príncipes, ni á las dinastías que vosotros tengais en estimacion. Pero, lo que yo predico con el ejemplo, es lo que me atrevo á recomendar, para

que mediten si es ó no para todos conveniente, al Gobierno y á la mayoría de esta Cámara. No deis más regocijos á los republicanos que están tambien enfrente de vosotros; no estimuleis el innato espíritu que hay en las clases bajas de difamacion y calumnia contra todo lo que es alto, contra todo lo que es excepcional, contra todo lo que representa necesaria é inevitablemente las limitaciones sociales. Quien quiera que ocupa el poder representa la limitacion de los apetitos, de las pasiones, de los intereses bastardos; quien quiera que esto limita, sea moderado, sea unionista, sea progresista, es objeto desde luego de los más apasionados ataques, de la saña más horrible, de las más viles calumnias. No fomenteis, por Dios, ese triste instinto de las clases ignorantes contra toda autoridad, contra todo poder, contra la monarquía que ha de ser base de todos. Si lo fomentais, si no teneis ninguna fé en la autoridad ni en el principio monárquico, entónces vale más que os echeis de una vez en brazos de la república.»

No podrá negarse que todo esto que dice el Sr. Cánovas es verdad; pero ménos aún podrá negarse que es atrevido en extremo, sobre todo si

se atiende á la época y á la Asamblea donde fué pintado así el pueblo soberano. Es este, sin disputa, uno de los pasajes de más viveza, de más energía, de más expontaneidad, quizá tambien de más elocuencia, que han salido de lábios del Sr. Cánovas del Castillo. Sin embargo, no se dirige á promover hondas y turbulentas pasiones en el ánimo del auditorio: se encamina sólo á despertar sentimientos de prevision y prudencia; y si no se encuentra ahí la razon sublimada, en que un autor inglés hace consistir la elocuencia suma, se encuentra la razon apasionada, que no poco se le acerca.

Tanto de los discursos á que los párrafos anteriores pertenecen, como del muy notable que pronunciara cuando el famoso debate sobre *La Internacional*, podríamos elegir otros muchos pasajes más dignos aún que esos de ser citados, aunque por diverso concepto, y segun la apreciacion de cada cual. Cuando el 14 de Diciembre de 1869 rehabilitaba la memoria de la reina Cristina, recordando que fué en su época la restauradora de la libertad; cuando el 18 de Marzo de 1870, en el debate sobre los Bonos del Tesoro, defiende á las

generaciones venideras de la carga con que los despilfarros y mala administracion de entónces iban á gravarlas, y las gravaron al fin; cuando al discutirse el proyecto de Constitucion de Puerto-Rico, el 1.° de Abril del mismo año 70, asegura que las naciones no están formadas sólo por la geografía, y explica las causas de la inevitable y justa emancipacion de unas colonias, y no de otras; cuando en el mismo discurso manifiesta su horror á cuanto es vago, indefinido, irrealizable en política, y lo poco que debe temerse á las muchedumbres, y á las convulsiones revolucionarias si no tienen por objeto utopias y quimeras, y sí inmediatas soluciones prácticas; cuando, descubriendo los peligros del socialismo, proclama el deber que los gobiernos y la sociedad entera tienen de rechazar los ataques de esa barbarie del siglo, ó sucumbir combatiéndola; siempre, en fin, que hay algun grande interés legítimo que defender, ó una noble causa que patrocinar, ó un acto de firmeza que llevar á cabo y anunciar con la palabra, ó un fundamental principio que exponer y persuadir, la elocuencia del Sr. Cánovas se eleva, sin arte ni esfuerzo alguno, á la altura misma del

asunto, y sin incurrir en hinchazon, ni degenerar, nunca, en afectada y declamatoria.

Cuando en plena asamblea le hemos visto desdeñar las frases de efecto y los aplausos, hemos comprendido por qué un hombre de lozana imaginacion, de vastos conocimientos científicos, conocedor de todos los géneros de elocuencia, dotado de sentimientos vivos, y consumado hablista, expone sus ideas con sobriedad de adornos, y procura animarlas sólo con el calor moderado que la persuasion necesita y que la sinceridad lleva consigo. Entónces, sí, hemos comprendido que en los modernos parlamentos, donde se delibera lentamente, por regla general, y donde las impresiones del auditorio no se convierten en leyes como solia acontecer en las antiguas repúblicas, el género de elocuencia empleado por el Sr. Cánovas, es el más congruente con sus ideas políticas y con el papel que ha representado y representa, y hasta el más propio de nuestras asambleas legislativas.—Y, todo esto, se vé confirmado en la manera que tiene de responder á las interrupciones, por importunas é irritantes que sean. Jamás se altera lo bastante pa-

ra ofender, en lo más leve, la dignidad de la Cámara, ni siquiera para faltar á las conveniencias y cortesía parlamentarias. Deja el hilo del discurso, recuerda con acento firme y sosegado el respeto con que él oye todas las opiniones, y despues de obtener hábilmente una promesa de atencion, prosigue su interrumpida marcha. En un debate muy solemne acalló unos fuertes rumores que amenazaban ahogar su voz, anunciando tranquilamente, por lo ménos en apariencia, que aún tenia cosas más graves que decir: su firmeza, y la curiosidad que despertó, restablecieron el silencio.

IX.

A no haber sido por el respeto que su persona inspiraba, y por ese envidiable poder que tiene de someter sus facultades todas á su voluntad y recto juicio, no le habrian escuchado con paciencia en las Córtes del 69, donde sostuvo un cuerpo de doctrina condenado por la revolucion de Setiembre, y donde levantó, desafiando la impopularidad que entónces era inevitable pre-

mio de la sensatez, la bandera ultrajada que hoy ondea triunfante en nuestra patria.

En todo el período revolucionario, Cánovas no sólo no ha estado ocioso en el Parlamento, sino que dentro y fuera de él, ha sido campeon infatigable del órden, de la libertad y del catolicismo. Los discursos (que juntos forman un libro) con que ha abierto las cátedras del Ateneo en los cuatro años que allí le hemos tenido de Presidente, sobre demostrar que la política europea ha sido objeto de sus meditaciones, y que conoce todo el movimiento científico de la presente época, son una gran batalla librada contra esa turba de modernos utopistas, de filósofos y políticos soñadores de todos los matices; contra los que niegan y desconocen el verdadero dogma del progreso, que él allí sábiamente desenvuelve y determina; contra los que buscan, para la moral, una base más sólida que la eterna y perfecta que el Evangelio le ofrece.

Dentro del Parlamento, en todos los debates que afectaban á los grandes intereses sociales, ha hecho oir su autorizada voz: él, que por largo espacio de tiempo fué el orador de su partido, ha

sido en las Constituyentes el orador de los verdaderos principios de gobierno, el orador de las clases conservadoras, el orador de la monarquía y los Borbones, como Berryer en Francia.

No; jamás se olvidará aquella campaña que todos, ó casi todos, creian perdida, y que el triunfo ha coronado. Digno es de leerse, muy detenidamente, el discurso que pronunció el Sr. Cánovas sobre el proyecto de constitucion democrática. Allí están, en luminoso resúmen, los grandes y fundamentales principios del derecho político moderno, explicados por un maestro que, á la costumbre de estudiar en los libros, como los más sábios diputados de aquellas Córtes, reunia la ventaja de haber estudiado en la práctica, y recientemente, la bondad real de los expresados principios, y la parte flaca de otros que entónces se debatian. Citamos este discurso por el gran fondo de doctrina que encierra, sin desconocer que el más bello que en toda su larga vida parlamentaria ha pronunciado el Sr. Cánovas, es, quizá, el que trata del proyecto de ley para la eleccion de monarca. ¡Qué bien pinta los inconvenientes de aquella organizacion provincial y

municipal! ¡Qué bien describe la situacion de los partidos, y anuncia la flaqueza de una dinastía fundada como se acordó entónces! Allí, en aquel debate fué, preciso es confesarlo, cuando luchando cuerpo á cuerpo con Rios Rosas, sacó ventajas á este fuerte justador.

Pero, aunque el discurso este sea el más bello de los suyos, ninguno le honra tanto ni demuestra, en tan alto grado, su erudicion, como los que pronunciara en defensa de la Reina y de su augusta Madre, cuando un Ministro *patriota*, con objeto de distraer la atencion de la Cámara y del país de otros asuntos, promovió la cuestion de las alhajas de la Corona. La defensa de los acusados, cualesquiera que ellos sean, tiene siempre algo de noble y de magnánimo; pero, si el acusado es inocente, si es una Señora, una Reina por agenas culpas en desgracia, el acto de defenderle es más noble aún, y más digno de elogio. Gracias á la palabra de Cánovas, elocuentemente secundada por la de los Sres. Elduayen y Bugallal, se evitó que la opinion pública se extraviase, en un asunto de tamaña importancia para la fama de la dinastía caida.

X.

Hemos dicho que el Sr. Cánovas ha sido aquí el orador de los Borbones, y ahora añadimos que al meditar sobre su conducta con la familia hoy reinante, hallamos que, además de la razon política, ha contribuido tambien mucho á determinarla, gran suma de afecto particularmente sentido hácia las personas reales. No, la familia de Borbon francesa no recibió nunca del elocuente Berryer, tantos, y mucho ménos tan útiles servicios, como la familia de Borbon española ha recibido de Cánovas del Castillo. Sin duda que á la Restauracion han contribuido muchos hombres importantes, lo mismo civiles que militares, y que ha sido, en último término, la obra del país desengañado; pero todo el mundo reconoce á Cánovas como el centro de direccion de aquella política alfonsina, que ya hoy es política nacional; y suprimida la figura de este hombre eminente en el campo de batalla de los partidos, probable es que el que ahora rige los destinos de España no se hubiese formado nunca; la patria

BIBLIOTECA · U. Granada

seguiria entregada, como una presa, á los interinistas y al *caudillaje*; y hasta el mismo Rey estaria aún, habitando en extraña tierra.

Levantar sobre ruinas una bandera cuando todo el mundo la desampara, la ofende y la combate; proclamarla como la única esperanza salvadora; ir venciendo en su nombre todas las contrariedades, extinguiendo todos los ódios, desvaneciendo todos los recelos y desconfianzas, ganando todos los ánimos y reuniendo, en torno de ella, á los hombres de buena fé y áun á los mismos que ciegamente la abandonaron, obra es de la virtud cívica y del talento, sin duda alguna. Pero, figurar en primera línea de un partido grande y fuerte, y dejarlo, por no dejar despues la causa de la Reina; prefiriendo gustoso la impopularidad y los riesgos de entónces, al aplauso y la certeza de un triunfo y un poder inmediatos; defender, no sólo como soberana irresponsable, sino como señora particular á Doña Isabel II, en una Asamblea revolucionaria y cuando la opinion pública extraviada veia, en aquella conducta, un crímen ó una demencia; resistir los halagos, las promesas, quizá las tentadoras ofertas

del poder; y en los trabajos latentes de restauracion subordinarlo todo, recuerdos, diferencias, antipatías ó aficiones, al ardiente deseo de salvar el país y ver de nuevo en el Trono á la dinastía legítima, obra es no sólo del amor patrio y del deber político, sino del afecto más sincero y de la más honda lealtad hácia la real familia.

No es extraño, pues, que el Sr. Cánovas haya obtenido por completo la confianza del jóven Rey, el cual ha aprendido, indudablemente, del gran Cárlos III, que de la acertada eleccion de los ministros y consejeros privados, depende la gloria de los monarcas, y el explendor y grandeza de las naciones.

El Sr. Cánovas, por su parte, ¡qué hermosa, aunque difícil situacion ocupa en nuestra patria, en los actuales momentos! Su tarea es comparable á la de un marino experimentado á quien se confía la direccion de un buque zozobrante, casi perdidas ya por todos las esperanzas de salvarlo. Si logra llevar á puerto seguro esta quebrantadísima nave del Estado, cuyo timon gobierna, á la doble gloria de haber aconsejádo con acierto, y no haber sido cómplice en ningun infortunio

público, juntará tambien la mayor gloria que es dado conseguir á un hombre: salvar su patria de *la ruina*, *de la vergüenza real* á que otros la condujeron.

Grandes dificultades le rodean. No son las más árduas, aunque sí las más apremiantes y atendibles hoy, las que ofrece esa triste herencia de dos guerras civiles, de una Hacienda casi en bancarrota, y de un país sin recursos, que ha dejado la revolucion, despues de representarla como por turno, en las esferas del poder, por todos los partidos que la dieron vida. Lo más difícil aquí, como lo más necesario, es hacer posible el gobierno sin pugilatos indignos; y para ello, ahogar la hidra de las banderías políticas, restablecer la moralidad política, extirpar de una vez la aficion á las aventuras políticas. Obra compleja que no requiere grandes impulsos, ni un talento deslumbrador; pero que requiere, sí, mucha indulgencia, mucha flexibilidad, mucha justicia, y mucha energía oportunamente empleadas; y que requiere, sobre todo, el don de conocer y representar los intereses dominantes, de manejar las pasiones buenas y malas de los hombres, de apro-

vechar y convertir, en ulterior beneficio público, sus desaciertos, sus vanidades, y hasta sus desgracias, ayudado todo por la fortuna, cuyo influjo, aunque no siempre decisivo, es poderosísimo en las cosas humanas. Todos los hombres que han vuelto los pueblos á su centro de gravedad despues de las revoluciones, han tenido que obrar de ese modo. Cromwell y Napoleon, que son las dos figuras más altas de la moderna Europa, poseian el talento de organizar y desorganizar los partidos. ¡Ah, si los militares estudiasen con fruto las campañas de estos dos insignes capitanes, y los políticos honrados su gobierno! ¡Cuán otra no seria la marcha de las guerras, y cuánto más fecunda no seria tambien la administracion de los imperios!

Mas vamos á terminar, no sin decir antes que el hombre que ha empuñado aquí las riendas del gobierno, al concluirse el período revolucionario, es, de los de España, uno de los que más universales aptitudes y más títulos de celebridad poseen, y quizá el único que, ventajosamente, puede compararse á otros que hacen mucho viso y ruido allende nuestras fronteras; y

puesto que no ha cedido antes, y es probable que no cederá nunca, á impaciencias de ningun género, y se vé que toma el tiempo por auxiliar de sus designios, abramos el corazon á la esperanza y aguardemos, para juzgarle en esta nueva época de su vida que tan bien comienza, á que el tiempo sea quien nos revele con imparcialidad, y por completo, los medios y los resultados de su política; los frutos de su prudente génio, y de su recta y perseverante voluntad.

Madrid, Abril de 1875.

3.500